

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al Director de GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Las chimeneas parlantes.

Serian las ocho de la noche. Yo, huyendo de la lluvia, me había refugiado en el rincón de un café—el primero que encontré al paso.

Por la mañana, cuando salí a la calle, me atreví a desafiar la lluvia; por la tarde me exasperaba su tenacidad; por la noche no tenía ya fuerzas para luchar contra ella, y me di por vencido.

Una lluvia continua, pesada, monótona, igual, acompañada, desde que amanece hasta las doce de la noche, sin un momento de reposo, ¿les parece a ustedes cosa para vista con indiferencia?

Así se pasó el jueves. Apenas se veía gente por la calle. Los teatros estaban vacíos, los cafés poco menos, y fué preciso cerrar las tiendas antes de lo regular. No se vendía una cinta, ni un libro, ni un cigarro, ni un alfiler. ¡Para alfileres estaba la gente!

Cuando entré en el café sentí algo en la cabeza... probablemente, modorra... Esa natural pesadez, esa especie de insomnio que produce la atmósfera cargada y el martilleo del agua rodando por las canales.

En una palabra, me sentí atacado del vértigo de la lluvia.

Y encendí un cigarro, y cerré los ojos, y soñé que se celebraba en los aires una brillante reunion de chimeneas convidadas a un té danzante.

Chimenea 1.ª—Buenas noches, amigas mías; gracias a Dios que por fin ha llegado la época de los dulces coloquios. ¡Viva el invierno!

Todas.—¡Viva!

LA SEÑORA DEL 13. (1)

(Continuacion.)

—Pero... ¿de veras?
—Sí.
—No lo entiendo. A no ser que vuelvas a querer a la pobre Matilde.
—No es eso. Lo entenderás todo cuando yo te lo explique.
—Pues mira, explícamelo por la calle, que es ya muy tarde.
—Vamos.
Y los dos amigos salieron de su casa cogidos del brazo.

IV.

Un secreto en la calle.

—Juan, oye mi secreto. Perdóname si antes no te lo he revelado. Hoy ya es forzoso que lo sepas.
—¿Eh? ¿Hay un secreto?
—Sí.
—¿Picaro!
—No me culpes. El corazón suele ser reservado,
—¿Habla, hombre!
—Yo amo como un insensato.
—¿Tú! Un hombre que se cansa a los quince días de amar...
—Sí, yo amo a una mujer con locura, con frenesí, con desesperacion, con todo mi ser, con toda mi vida.

(1) Véanse los números desde el 27, correspondiente al día 3 de enero.

Chimenea 1.ª—Os he convidado a tomar una taza de té.

Chimenea 2.ª—¿Con tostadas? Porque os advierto que mi estómago está desfallecido. Soy la chimenea de un hombre con mujer, tres hijos y cuatro mil reales de sueldo.

Todas.—¡Pobrecilla! Vamos a hacer una suscripcion para aliviar su suerte.

Chimenea 3.ª—Entonces no os olvidéis a mí, que he pasado unas Pascuas lo más tristes... Figuraos que mi ama es una mujer muy conocida. Vive con su mamá, como ella la llama, y no es su mamá, sino una tia que la vió nacer. Ello es que su mamá, ó su cuerno, tuvo no sé qué palabras con el hijo de un boticario que era el que llevaba el peso de la casa. El boticario se insurreccionó, la señora le escribió una carta, pero él no hizo caso, y como faltó dinero faltó leña, y aquí me teneis víctima de los desdenes de un farmacéutico. ¡Estoy helada, amigas mías!

Chimenea 1.ª—Que echen un leño más a la hoguera.

Chimenea 2.ª—Si quereis un buen leño, echad al fuego al autor de una comedia que vi estrenar ha poco en un teatro de Madrid.

Chimenea 1.ª—No; con que echemos al autor de cierta zarzuela, bastará.

Chimenea 4.ª—¡Señoras, lo que es el mundo! Aquí estoy oyendo contar desdichas, yo que en mi vida he visto correr una lágrima de frío, yo que siempre he tenido a mi lado, dispuestos a complacerme, varios troncos de encina, sin contar el conde mi amo, que es el mejor tronco de la casa. ¿Es posible que haya en Madrid quien se muera de frío? No lo comprendo, no lo comprendo.

Chimenea 3.ª—Pues hija, si hubieras vivido como

—¡Ya! Y por eso no puedes complacer ni a tu padre, ni a la condesa viuda.

—Por eso.
—Ahora lo entiendo. ¿Quién es ella?
—No lo sé.
—¿Esto es grande!
—¡Oh! Sí, muy grande, mucho; pero no por eso es menos cierto;
—¿De modo es que tú la quieres?...
—¡La adoro!
—¿Sin saber su nombre?
—Precisamente.
—¿La conoces?
—De vista.
—¿No sabes de ella?...
—Asolutamente nada. Digo mal, sé que es muy hermosa.

—¡Pobre amigo mio!
—¿Es verdad, Juan, pobre de mí!
—¿Es muy bella, segun dices?
—¡Un ángel, una creacion artística, una alegría!
—¿Dame sus señas.
—Alta, pálida, los ojos negros, sumamente negros, y rasgados, muy rasgados... ¡rotos!
—¡Já! ¡Já! Eso está bien.
—Sus cabellos son negros como el ala del cuervo. Su nariz es un prodigio; la boca convida a besar; la garganta es una azucena.
—¡Bueno, bueno, bueno! Es una mujer de primer orden.
—Sí, chico, de primer orden.
—¿Dónde la has conocido?
—En un coche.
—¿Demonio!
—¡No te rias, Juan!

mi ama sujeta al bolsillo del boticario, no hablarías así.

Chimenea 4.ª—Primero la muerte que prestarme a ser juguete de una señorita cursi. Yo no escucho más que diálogos amorosos, yo no presencié más que escenas tiernas, y he visto ya cinco generaciones de pretendientes al amor de la condesa.

Chimenea 6.ª—En materia de amores no cedo a nadie la palma del triunfo. Mi amo es bolsista y tiene dos hijas que pasan las noches a mi lado entretenidas con varios jóvenes aspirantes a agregados de embajada. Cada apretón de manos que se dan con pretexto de ayudarme a arreglar los tizones, me hacen salir los colores al tubo.

Chimenea 5.ª—Dichosas vosotras, que al menos tenéis con qué entreteneros en estas largas noches de invierno. Yo soy la esclava de un escribano: durante el día me engaña con un poco de leña húmeda y por la noche se van todos al café del Iris y me dejan en casa, muerta de risa. Dicen que en el café se calientan mejor y más barato, y me desprecian. Estoy descaendo que se muden, aunque venga luego la señorita cursi ó un estudiante de San Carlos.

Chimenea 1.ª—Veo que nuestra situacion exige imperiosamente reformas, si hemos de mantenernos a la altura de la civilizacion.

Todas.—¡Sí, sí!

Chimenea 1.ª—Nombremos una comision de nuestro seno que se entienda con los caseros.

Un brasero (asomando la cabeza).—¿Puedo pasar?

Chimenea 1.ª—Es un pobre. Perdone Vd. por Dios, hermanito.

Brasero.—No pido limosna.

Chimenea 6.ª—Entonces, ¿qué se le ofrece a usted, buen hombre?

—¿En un coche?
—En un coche. ¡Fué una equivocacion... ó mejor dicho una fatalidad, ó... yo no sé!
—Aristides, yo creo que hace tiempo bebes demasiado en la comida...
—¡Juan, no te burles!
—No te incomodes, y cuéntame eso.
—Fuí un día al ministerio de Marina a ver a un empleado amigo mio. Así que acabé mi visita salí de nuevo a la calle. Ya sabes lo distraido que soy...
—Me consta.
—Pues bien; yo habia ido al ministerio en un coche de plaza, que me debia esperar a la puerta. Cuando salí habia en la puerta una fila de coches. Distraido, ó torpe, me equivoqué, y en lugar de entrar en mi coche, entré en otro.

—¡Ya! Y en ese otro estaba la mujer ideal.
—Justamente. Figúrate su sorpresa, y la mia. Pedí perdon, me saludó y salté a tierra. Llevaba conmigo la comocion más grande de mi vida. Aquellos ojos negros que se fijaron en mí durante cuatro ó seis segundos, aquella mano que tropezó con la mia en el primer encuentro, aquel rostro pálido y hermoso como el de una mujer de la Biblia, los tengo grabados en el alma, y los tendré siempre.
—¿Siempre?
—Siempre, Juan. O esa mujer es mia, ó yo me mato.
—¿Cá!
—¿No sabes tú cómo son mis pasiones?
—Sí, eres persistente y arrebatado, pero...
—¡Pero esta vez más que nunca!
—Bueno. Y despues de pedirle perdon y de marcharte...
—Entré en mi coche, y esperé.
—Yo hubiera hecho lo mismo.

Brasero.—Sabido que estaban Vds. reunidas, vengo de parte de mis compañeros á proponerles un arreglo.

Chimenea 1.ª—De ninguna manera. Entre el brasero y la chimenea no hay arreglo posible. Eso es lo mismo que si los lacayos quisieran igualarse á los mayordomos y secretarios.

Brasero.—¿Con que no?

Chimenea 5.ª—No.

Brasero.—Pues ¡guerra! Nosotros somos dueños del comedor y gozamos de la confianza de los caseros.

Chimeneas.—¡Abajo todos los braseros y viva la llama!

Brasero.—Abajo las chimeneas que solo sirven para alarmar al vecindario. Todos los incendios empiezan por ellas.

Chimeneas.—¡Fuera el insolente!

Brasero.—¡Fuego, fuego, fuego!

La gente.—¿Dónde es el fuego?

Brasero.—¡En la chimenea!

Las campanas.—¡Don, don, don!

Los bomberos.—¡Arriba, al tejado!

Al llegar aquí volví de mi letargo: había cesado la lluvia y el reloj daba las doce.

Si este artículo pudiera tener moraleja, la resumiríamos en las siguientes palabras:

Las chimeneas solo sirven para dar principio al incendio.

Luis Rivera.

TEATROS.

PRINCIPE: De Paris á Sariñena, comedia en tres actos, en verso.—**CIRCO:** Los amigos íntimos, comedia en dos actos, en verso, de D. Miguel Pastorfido y D. Salvador Granés.

Doña Socorro es una benemérita capitana (no sé de qué arma), pero retirada del servicio y poseedora de dos millones que le permiten realizar sus más extravagantes caprichos, y de dos cuñados que le impiden satisfacer sus más inofensivos deseos.

Los dos millones proceden de la lotería; los dos cuñados (pensando piadosamente) deben proceder del suegro y la suegra de la susodicha doña Socorro.

Es, pues, el caso que, cediendo á los ruegos de su consorte, abandona nuestra heroína las delicias de Paris, donde iba dando muy buena cuenta de sus dos millones, y establece los reales en Sariñena, donde, si Dios no pone remedio, sus dos cuñados darán muy buena cuenta de ella.

Decir que los cuñados y la cuñada se llevan como per-

—A los pocos minutos salió del ministerio un hombre y entró en el carruaje donde estaba ella.

—¡Hola!

—El coche comenzó á andar.

—Y el tuyo comenzó á seguirlo.

—Sí, pero mi cocheró iba borracho, y despues de andar hora y media, perdimos la pista.

—¿Y le pagaste al cocheró?

—Es claro!

—Mal hecho. Continúa.

—No volví á verla en ocho días.

—¡Pero volviste á verla!

—Sí, en Atocha.

—¿En el paseo de Atocha?

—No, en la iglesia.

—¡Ah!

—Era un sábado por la tarde. Cuando la reina salía del templo, un coche se detuvo á la puerta y vi bajar de él á mi desconocida... ¡sola!

—¡Vamos, vamos!

—Entró en la iglesia y yo entré detrás. La ví rezar... ¡Qué hermosa estaba! Cuando acabó su oracion, me acerqué á la pila del agua bendita, y la esperé.

—Comprendo.

—Estaba decidido á todo.

—¡Bravo, Aristides!

—Llegó á la pila. Te lo confieso, temblé como un azogado. Esa mujer me causa una impresion extraordinaria. Metí los dedos en el agua, los saqué mojados, y adelanté la mano...

—Ella no aceptó.

—Te equivocas. Aceptó el agua, me dió las gracias con una sonrisa de ángel y salió de la iglesia. Una vez fuera, esperé con desearo sin igual á que subiera al coche.

ros y gatos, seria exagerar notablemente la hostilidad de las relaciones que suelen mediar entre los apreciables individuos de las especies canina y felina. No: para encontrar ejemplos de odio tan ferino, seria preciso buscarlos en los bosques de Hircania; y ya comprenden ustedes que despues de ver una comedia ejecutada por los actores del Principe (de Alisedo hácia abajo), no le quedan á uno alientos para emprender tan larga peregrinacion. Por eso, renunciando generosamente á las bellezas de una ingeniosa comparacion zoológico-moral, me ceñiré á decir que entre doña Socorro y su parentela política, existe absoluta incompatibilidad de gustos y opiniones. Ella es derrochadora, ellos económicos; ella se muere por el fausto y el boato, ellos se despepitan por la llaneza y la sencillez; ella idolatra todo lo extranjero, ellos adoran todo lo español; ella tiene una doncella que solo habla en francés, ellos poseen un criado que solo ladra en castellano; ella juega á l'écarté, ellos juegan al mis. Escusado es decir que en la noble lucha de la baraja española contra la francesa, el autor, con un patriotismo digno de todo elogio, concede el triunfo á la sota de oros sobre el valet de carreau, gracias á lo cual el honor nacional queda en su punto, y el leon de España deja humillada, como de costumbre, al águila francesa.

Esto ensancha el corazon.

El interés dramático (fundado en unos amores muy pacíficos, que durante toda la obra disfrutan de la más envidiable tranquilidad), es digno del interés patriótico, que, segun queda indicado, estriba en varios puntos, pero sobre todo en el triunfo del mis sobre l'écarté. Lástima que el autor se haya tomado el trabajo de escribir su comedia en versos bastante fáciles y de adornarla con algunos chistes bastante oportunos. Eso rompe la armonía de la obra, cuyo fondo está pidiendo á voces el estilo laberíntico de nuestro inmortal Gonzalez Estrada.

En la necesidad de armonizar la forma con el fondo ó el fondo con la forma en sus futuras obras, no es dudoso á mi ver el partido que tomará el jóven poeta. Si como creo, se decide por lo segundo, le prometo mi aplauso; pero si opta por lo primero, no le prometo mi ausencia, porque será cosa digna de ver.

No es ménos curiosa en su género la comedia que los señores Pastorfido y Granés han tenido la honra de presentar (en ausencia del público) á los músicos y acomodadores del Circo. La obra, que es verde como la esperanza, descansa sobre esta consoladora máxima de filosofía conyugal: «Todo marido que tiene un amigo íntimo, justifica tarde ó temprano la previsora sagacidad con que sus padres le dieron en la pila el nombre de Toribio, Venancio ó Cornelio, que indefectiblemente ha de llevar.»—Yo por lo ménos no he sacado en limpio otra cosa. Si no es esa la filosofía de la obra, digo que confieso que conozco que comprendo que no la comprendo.

Federico Balart.

—¡Ah tunante! ¡La viste las botitas y un poco más!...

—¡Juan, no me interrumpas!

—Hombre, al subir...

—¡Calla! Mi desconocida se asomó á la ventanilla; me miró fijamente. Sentí una especie de vértigo. El coche partió con demasiada velocidad, lo cual me impidió seguirle.

—¿Por qué no tomaste otro coche de plaza?

—Porque no habia ninguno por allí.

—¿Qué fatalidad!

—Por más que corrí no conseguí nada. Desapareció de mi vista aquella imagen adorada.

—Y despues, ¿la has vuelto á ver?

—Sí, una noche en el teatro de la Zarzuela. ¡Estaba sola!

—Eso de ir siempre sola, va pareciéndome sospechoso. Y aquella noche...

—La fatalidad me persigue. O se puso enferma, ó la disgustó la obra, ó yo no sé lo que pasó, el caso fué que un momento que salí á buscar unos gemelos debió marcharse ella del teatro, porque cuando volví á entrar en la sala, ya no estaba. Hace que sucedió esto unos veinte días. No he vuelto á verla.

—Resumiendo, dijo Juanito, tú amas á una mujer desconocida, original *vava avis in terra*, y acaso no muy fácil de conquistar. La rodeas de cierta aureola poética, y te propones amarla siempre.

—¡Oh, sí! Será la única pasión de mi vida.

—Mira, Aristides, obedece á tu padre, y cástate con la condesa viuda de Nebbia.

—Es imposible, amigo mio. Adoro á esa mujer, y no puedo pensar en otra.

En tal punto del diálogo llegaban los dos amigos al teatro Real, y se suspendió la discusion por aquellos momentos.

SONETOS FILOSÓFICOS.

I.

¿No viste alguna vez del rayo herido desgarrarse y rodar cedro gigante, llenando de terror al caminante entre los bosques al azar perdido? ¿Viste como la tórtola en su nido llora la ausencia de su tierno amante, y cómo el sol derrite en un instante el alud de la sierra desprendido? ¿Viste, por fin, en el tranquilo cielo estenderse las nubes poco á poco, y de sombras y horror cubrir el suelo? ¿Viste el arbusto que produce el coco? Pues cese ya tu afán y tu desvelo; que si tú no los viste, ¡yo tampoco!

II.

Si encuentras de la vida en el sendero á aquella que causó mi desventura, y aun conserva en su rostro la hermosura, y en sus mejillas el matiz primero:

Si en su alma virginal aun vive entero lo que ella juzgó sueño y yo locura; si guarda de mí fe la esencia pura y no es su amor capricho pasajero:

Sigue sus pasos, su conducta espía, no temas ni cansarla ni cansarte, ni aumentes, por piedad, la pena mia.

Ella querrá de fijo sondearte; serás su amigo al fin, y en ese día... puedes darla memorias de mi parte.

III.

Pasó ya la estacion de los amores y la edad de los sueños placentera; pasó la deliciosa primavera y con ella los frutos y las flores.

Pasarán de la suerte los favores y de la vida la gentil quimera, como pasan cruzando por la esfera relámpagos de fuego brilladores.

Tambien pasaron los instantes puros en que el alma á sus dichas no halló tasa, ni halló para su afán diques ni muros.

¡Todo al cabo pasó! Solo no pasa una moneda falsa de dos duros que tengo hace tres meses en mi casa.

Manuel del Palacio.

MURMULLOS.

—Pero, hombre, ¿qué sucede en Jovellanos? ¿No tienen obras?

—Muchas.

—¿Cuáles son?

—Pues qué, ¿no lo sabe Vd? *Los sentidos corporales*, un drama de Retes, *El jóven audaz*.

—¿Y qué más?

—*El jóven audaz*, el drama de Retes, y *Los sentidos corporales*.

Las resoluciones de Aristides solian ser inquebrantables.

Y esta vez estaba enamorado como un loco.

V.

Turno imper.—80 de abono.

El teatro estaba lleno de bote en bote.

¿Por qué dirá una lectora curiosa; ¿porque se cantaban *Los Puritanos*?

No, señora. Porque el teatro Real está casi siempre lleno, aunque se cante en él detestablemente, y aunque la ópera detestablemente cantada sea más vieja que el andar á pié.

Porque el teatro Real es el teatro de moda.

Porque en aquel teatro, exceptuando los verdaderos aficionados, que son los que van al *Paraiso* á sudar el quilo y á escuchar la música, los demás espectadores van, no por la ópera, sino por ellos mismos y por los demás.

Porque aquel es un punto de reunion como otro cualquiera.

Porque allí se *pasa la noche* mejor que en otra parte.

Porque allí se ama, se intriga, se engaña, se comercia, se compra, se vende, se conspira, se estudia, se aprende, se observa, se murmura, se luce, se arruina, se crea, se destruye, se habla, se ríe, se llora, se lee, se burla, se ve, se mira, se enamora, se martiriza, se lucha, se vence, se gana, se pierde, se hace todo ménos oír música.

Butacas, palcos plateas, palcos bajos y palcos principales. Esto constituye un mundo aparte, un buque que navega en direccion al mundo de las pasiones.

Mujeres que se ponen de muestra como los objetos de



CAMINO DE LA ESPOSICION DE BELLAS-ARTES.

Con estas lluvias, señores,
está el camino tan malo
que nadie llega á la gloria
sin meter la cará en barro.

Lit. Arocha-16.

lujo en un bazar de Turquía, ó los juguetes en una quin-
calletería de Madrid. Maridos que pierden en una noche lo
que ganaron en muchos meses. Solteras que buscan ma-
rido y casadas que lo pierden. Empleados, estudian-
tes, periodistas, autores, vagos de profesion; todo el
mundo está allí representado en los diversos personajes
que se presentan á través de la blanca gasa de un vesti-
do blanco ó escudados con la armadura social que se lla-
ma frac negro.

Todos acuden allí á ver y ser vistos, á juzgar y á ser
juzgados, á pescar y á que los pesquen, á aumentar el
número de las ilusiones ó á dar alimento al hastío.

Aristides y Juan entraron en la sala cuando se estaba
acabando el acto primero.

Juanito estaba en su elementó. Saludaba á dos señores
que habia en un palco, sonreía á una amiga que estaba
en una butaca, apretaba la mano de un conocido, daba
dos palmaditas en el hombro de otro, hablaba por los co-
dos, murmuraba de todas las mujeres, de todos los ador-
nos, de todos los espectadores. En cinco minutos se hizo
dueño del teatro.

—Mira, mira, le decía á su enamorado amigo; allí está
la baronesita... (aquí un saludo); ¡qué fea está hoy! ¡Hom-
bre! allá veo al director de la sociedad de Crédito...
¡quién dirá que ese hombre no tiene un cuarto? ¡Caram-
ba! ¿es aquel Pablito? Sí, es Pablito, un compañero
mío... ¡adios, Pablito! Aristides observa esa niña que
está en esta butaca; parece un pájaro frito, ¿verdad? ¡Jé!
¡jé! Pues, ¿y esa señora gorda? ¡Mira qué peinado trae!
¡estoy por desmayarme de placer! Vamos hácia abajo,
querido; veámoslo todo.

Y aquí empezaron los diálogos entre Juanito y sus in-
finitos amigos de ambos sexos que estaban sentados en
las butacas de callejon, de cada fila.

—Generala, buenas noches.
—¡Oh! ¡Juanito! ¿Cómo va?
—Me iba muy mal, pero al saludar á Vd. me he re-
puesto.
—¡Siempre de buen humor!
—Siempre justo. ¿Y aquellas señoritas?
—No han venido. Mi prima recibe esta noche y han
ido allá.
—Siento no haber sabido...
—¡Suele Vd. ir?
—Sí, se pasa bien la velada allí.
—Hoy era *petit comité*. ¿A Vd. le gustan los *petits*
comités?
—¡Psth!
—¡Poca cosa, verdad? Yo no estoy por eso. Prefiero
una *soirée* como la última del embajador.
—¡Oh! Fué magnífica. Allí todo fué grande...
—Ménos el gusto de la señora de la casa.
—Tiene Vd. razon; ¡qué adornos! ¡qué trajes!
—Parecía una provinciana.
—Yo la comparé con un arlequin de fresa y man-
tecado.
—¡Já, já! ¡Delicioso, Juanito! ¡Es Vd. delicioso!
—Mil gracias, señora.
—¡Un arlequin!... ¡Es verdad, es verdad! ¡Admirable!
—Hasta luego, generala. Volveré á que comparemos
de nuevo.
—¡Adios, Juanito!
—A los piés de Vd.
Y Juanito pasó á otra fila.
—¿Cómo está Vd., señora condesa? dijo tendiendo la
mano á una respetable matrona con el pelo blanco for-
rado en rubio.
—Muy bien, ¿y Vd., Juanito?
—Bien, gracias. ¿Y el conde?

—Se quedó tomando el café con sus amigos. Este ami-
guito y yo hemos preferido la música.
—¿Está ya restablecido el conde?
—Así, así. Iba ya muy bien, pero ayer al salir del
Senado se constipó...
—¿Le ha hecho Vd. sudar?
—Mucho.
—¿Con tila?
—Con tila.
—La tila es buena para los maridos.
—¿Por qué?
—Porque es consonante de lila.
—¿Qué cosas tiene este Juanito!
—Es que conozco algunos remedios caseros.
—¿Que Juanito éste tan gracioso y tan oportuno! ¡No
se me olvidará la frase! ¿Qué te parece, Amelia?
Y las dos amigas rien estrepitosamente. Juanito salu-
da y pasa á hablar con un personaje.
—¡Buenas noches!
—¡Hola, Juanito! ¿Qué hay?
—No sé nada.
—Ya le he visto á Vd. con esa tiple de sociedad.
—La encantadora Amelia.
—Que tiene el privilegio de obligarnos á aborrecer la
música.
—No tanto.
—¿Pues qué, le gusta á Vd.?
—Mucho.
—De veras.
—Siempre que no canta.

Eusebio Blasco.

(Continuará.)

—Eso ya es otra cosa: yo creía... Pues señor, no hay duda, tiene obras nuevas la empresa.

Un periódico dice que varias señoritas que asisten al gimnasio de la calle de la Reina han mejorado de salud AL ADQUIRIR ROBUSTEZ.

¡Cielos! ¿Será posible?
El mismo periódico aconseja a los padres de familia que coloquen a sus hijas bajo la dirección de Mr. Vignolles.

La Gaceta inserta una real orden disponiendo que se adquieran 10 ejemplares del *El Libro de las Tablas*, escrito por Alfonso el Sabio y publicado por D. Florencio Janer y D. Isidoro Lozano.

Felicitemos sinceramente sobre todo al distinguido escritor que publica este trabajo, por los viajes que ha tenido que hacer al Escorial, los días que ha pasado en la Biblioteca y la inspiración que ha desplegado copiando el Códice... etc., etc.

La obra costará 24 escudos, y los diez ejemplares se pagarán con cargo al cap. 22, artículo único del presupuesto vigente.

La escena es en una escuela.
Un maestro toma lección.
—Dime, Pepito, ¿dónde desemboca el Guadiana?
—En el mar.
—¿Por qué punto?
—Por el de Pajares.
—Tú sí que tienes la cabeza de un pajarito.
—¿Yo?
—Tú, que tienes muy poco de aquí. (el maestro señala a su frente.)
—Pues váyase por lo mucho que Vd. tiene, contesta Pepito.

Un señor muy rico, que ha fallecido en Málaga, ha dejado diez mil duros para un reloj que ha colocarse en la catedral.
—Es el mejor modo de dejar a todos sus paisanos parte de su fortuna, ha dicho uno al saberlo.
—Sí, pero no tocamos ni a minuto, contestó un magaleño.

El correo interior me trae una carta.
La abro y leo:
«Caballero: Nada más grato para mí que tener la honra de ver a Vd. en esta su casa, en donde se complacerá en ofrecerle sus servicios el profesor dentista... —Fu-lano de Tal.»

¿Puede llevarse más allá la crueldad?
Hé aquí un hombre que desea que me duelan las muelas, y lo que es más, que tiene la desfachatez de gastar dos cuartos para decírmelo.

¡Estoy espantado!
A un cuarto de legua de Tortosa se ha encontrado la cabeza de un hombre.
La Correspondencia, al dar esta noticia, exclama:
—«Se ignora si ha sido alguna mano criminal la causa de esta desgracia, ó efecto de alguna alimaña.»
Caballeros, ¿estamos seguros?

El astrólogo zaragozano Castillo ha presentado a la censura un drama que titula *El jugador y el prestamista*, y promete, si es aplaudido, dar al teatro otras obras.
Por favor, no lo aplaudan ustedes: será capaz de sacar al teatro toda la astronomía.

—¿Qué creerán ustedes que ha hecho la reina de Inglaterra al saber el incendio del palacio de cristal?
—¿Renovarlo?
—Más aun: lo primero que hizo fué enviar un telegrama manifestando su pesar y pidiendo detallados informes sobre la quema.
Al menos esto es lo que aseguran los diarios de Europa.

De París a Sarriena
es una comedia mala,
pero ha podido ser buena.

Se ha inaugurado un teatro en el *café del Occidente*. Su dueño anuncia que se representarán en él piezas originales ad hoc.
El horizonte del arte se ensancha.
Además de *gatadas y asados*, se pondrán en escena *chicas alemanas, medias copas y cafés con tostada*.

Días pasados entró un señor mayor en la librería de San Martín, Puerta del Sol.
—¿Qué quiere Vd? le dijo el simpático Font.
—Dos cuartos de cerató.
—Caballero, esto no es una botica.
—Pues, ¿no hay en la vidriera un cartelito en el que dice que aquí se vende eter?..

—Sí; pero ese eter es el título de un drama.
—Vd. perdone.
—El autor es el que ha de perdonar.

—¿Cómo te va, Rufina?
—Mal: ¿y a tí?
—¿Estás desacomodada?
—Sí; ya hace días.
—¿Sabes que no tienes suerte? No paras ocho días en ninguna casa.
—¿Qué quieres! soy como el Ayuntamiento; pago las sisas atrasadas.

CABOS SUELTOS.

Las Vísperas Sicilianas.

¡Dos duros por una butaca al lado de la orquesta, junto a los violones, mano a mano de los contrabajos!
¡Dos duros por oír *Las Vísperas Sicilianas*, yo, periodista, cronista, revistero de la villa y corte!
¡Compadecidme!
Mala noche, mal sitio, malos cantantes... ¿Qué más quieres de mí, negro destino?
Acababa yo de ver el *Fausto* cantado por un tenor malito y por la Borghi-Mamo, que no lo hace mal para la edad que tiene. Acababa yo de oír aquellas delicadas melodías tan graciosamente estropeadas, y ya me creía libre de malos ratos.
El mal no viene solo.

¡*Las Vísperas Sicilianas!*
No hablemos del asunto, que ni es del caso ni viene a cuento. ¡Digo yo!
Hacia su salida la señora Lotti, cantante célebre que desde su llegada a Madrid había estado enferma de la voz unos dos meses.
Todos los días teníamos la misma canción.—Que mañana canta la Lotti.—Que no canta ya la Lotti.—Que la Lotti está buena.—Que está la Lotti mala otra vez.—Un comunicado de la Lotti en los periódicos.—Otro comunicado sobre la Lotti firmado por la empresa. En fin, señores, que ya teníamos una Lotti en el estómago.
Calculen Vds. si tendría yo ganas de ver a la Lotti. Y la ví y la oí en *Las Vísperas Sicilianas* el miércoles 9 de enero de 1867. ¡Ya puedo morir tranquilo!

¿Qué es la Lotti?
Una señora muy fina, con una voz muy fina, con una nariz finísima, y unos brazos más que regulares.
Su presencia es muy simpática: como decimos en España, es una mujer que tiene don.
Canta bien y desafina mejor. Esto último será tal vez efecto de la enfermedad.
He dicho que su voz es fina, y añado que parece un hilo.

La Lotti ha gustado poco, pero la aconsejó que no se aflija. Los periódicos se encargarán de darla bombo. Nos dirán que ha bajado del cielo para hacernos dichosos, y Juan de Castro, el director del *Diario de Teatros*, añadirá que no se atreve a ponerla sobre la Penco porque esta no lo consentirá.

Se me olvidaba:
El bajo Sr. Medini se ha quedado muy bajo en el papel de Juan de Prócida.

¡Dichoso empresario el empresario del Circo!
¿Quién lo diría? Hé ahí un señor que tiene el capricho de pagar una compañía dramática para su recreo particular.
He dicho compañía, y no es más que una *cuarta*.
El jefe es Mariano Fernandez, de modo que podemos decir:—Cuatro soldados y un cabo.
Esta compañía hacia en Novedades *Vencer por mar y por tierra*.
Y no iba un alma al teatro.
Hacia también *Viva la Libertad*, y no había un patriota capaz de comprar una butaca.
Resultado: trueno en Novedades.
¿Qué hace entonces el empresario del Circo?
Se trae a Mariano Fernandez y su tropa, y pone este cartel, que he leído más de una vez esta semana:

TEATRO DEL CIRCO.

Función para hoy.
¡Viva la Libertad!
Nota. Se ensaya *Vencer por mar y por tierra*, que se pondrá en escena muy pronto.
Díganme Vds. si hay hombre más afortunado que Mariano Fernandez.
Solo él encuentra quien le dé doce duros diarios por hacer estas cosas.

Dice *La Política* que *La Favorita* no encontrará intérpretes más dignos que la Borghi-Mamo y Naudin.
¡Con qué aplomo lo asegura!
Basta.

Ha empezado a publicarse en Irun un periódico político en francés titulado *La Bidassoa*.
Hé aquí un río convertido en femenino por las exigencias del idioma. Es como si en Toledo se publicase *La Tajo*.

Parece que un caballero particular trata de publicar un libro en el cual probará que los hechos heroicos que se atribuyen a Numancia son patrimonio de Zamora.
El día menos pensado va a salir alguno que se empeñe en probarnos que el cuerpo que más se distinguió en Pavia fué la guardia veterana.

Se ensaya en el teatro Real *El Profeta*.
Hoy por hoy es un papel muy difícil de representar.

Así empieza una carta que dirigen a *La Regeneracion* desde Real de Montroy:

«Mi querido señor director: Tengo madre de 70 años, una hermana monja, una casada y una que ni quiere ser monja ni casada, y está en mi compañía. La casada tiene un hijo, y todos los espesados desearíamos derramar nuestra sangre... etc.»
—¡Caramba! Lo que más me sorprende es esa joven que no quiere ser monja ni casada, y si derramar su sangre.
Pues si todas las mujeres fueran así, estaría bien la patria.

Otro suscriptor dice al mismo periódico:
«Sr. Administrador, hágame el obsequio de reiterar a los señores director y redactor de *La Regeneracion*, y a los señores del centro, mis humildes respetos...»
¿Qué centro será este? Supongo que no será el centro parlamentario.

Viendo que se publicaban tantos *Espíritus*, dijimos que faltaba solamente *El Espíritu de vino*, a lo que contesta *El Espíritu Nacional*, en cuya redacción toman parte varios eclesiásticos:

—«*El Espíritu* para GIL BLAS; el vino para mí.»
Si esto pide sin espanto
delante del suscriptor,
¿qué pedirá ¡cielo santo!
cuando entre en el comedor?
El mismo periódico añade en seguida que debe haber un GIL BLAS que acabe en *oso*.
Esto nos falta, si tal,
como dos y una son tres;
lo que ya no falta es
un *Espíritu... Animal*.

En el teatro del Circo se va a estrenar una comedia del Sr. Bernejo, titulada *La sombra de Torquemada*.
No sé por qué, pero se me figura que Torquemada ha de tener muy mala sombra.

Rasgo de un avaro:
Salía la gente de oír un elocuentísimo sermón sobre la caridad.

—¿Qué tal? le preguntaron al avaro.
—¡Bravísimo! Este sermón me ha conmovido y he hecho ver lo necesaria que es la caridad hasta tal punto, que estoy tentado de pedir limosna.

Solucion al Geroglífico del número anterior:—*Para que a Gil Blas no se la den, este Geroglífico encaja.*

ANUNCIOS.

VERDADEROS BOLOS ANTIGASTRÁLGICOS.—CURAN INFALIBILMENTE todas las enfermedades del estómago que no procedan de una lesión orgánica en la viscera.
Se venden en la botica de Giron, calle del León, núm. 43, y Lope de Vega, 1.—(12-7.)

BALSAMO ANTIREUMÁTICO DE SURINAM.—Único remedio seguro de los conocidos hasta el día, para la curación radical del reuma agudo ó crónico, articular ó muscular.
Se vende en la botica de Giron, calle del León, núm. 43, y Lope de Vega, 1.—(12-7.)



FABRICA DE CORSES, PREMIADA POR S. M.
—Calle de Hortaleza núm. 4.—Hay gran surtido de todas clases y precios: se construyen CORSES FAJAS para suspender y disminuir el vientre. Idem para corregir las relaciones del mismo, y las imperfecciones de las espaldas, pechos, ó sean ERNIANOS Y ORTOPEDICOS.—(4-2.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.